

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en as-
terias.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La corresponden-
cia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 52, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por co-
misionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Las últimas noticias de Francia bastarían por sí
solas á dar incremento á mi entusiasmo monárquico,
si el amor que desde muy antiguo profesó á los reyes
fuese susceptible de aumentar, que no lo es.

Dícese que el rey Guillermo—futuro emperador de
Alemania—si Dios quiere—pretende colocar de nue-
vo á Napoleon Bonaparte en el trono de Francia; ase-
guran que Luis Napoleon, el héroe de Sedan, acepta
el eficaz auxilio de su generoso adversario para tan
digna obra, y no falta quien afirme que á ese mismo
fin patriótico y noble cooperarán algunos generales
del ejército francés.

No diré yo que sean fidedignas esas noticias, pero
nadie puede negarme que son verosímiles: se trata
de una felonía, y hay reyes de por medio, por consi-
guiente la cosa nada tiene de absurda.

Malo será, no obstante, que los ciudadanos france-
ses den en la flor de indignarse y quieran echarla de
hombres; las disolventes predicaciones de esos mise-
rables anarquistas, la entereza hipócrita de vasallos
desleales como Jules Favre y Gambetta, las impías
excitaciones de insensatos como Victor Hugo, y las
cruelles invectivas de tantos otros que, sin considera-
ción á la desgracia, han desprestigiado al gran em-
perador, están produciendo efectos tristísimos. Ya no
hay respeto humano, ni aun divino (!!) que se atienda,
ya no hay pleito homenaje que se rinda, ya no
hay temor que se imponga, ni grandeza que se respe-
te, y acaso los franceses, en un ciego arranque de
patriotismo falso, se atrevan á desobedecer las órde-
nes de su amo y señor natural, ¡que á tanto llegan
los pueblos cuando por miserables vociferadores de
plazuela son arrastrados!

Si esto sucede, podría ofrecer pequeñas dificulta-
des la restauración napoleónica. Esperemos en Dios
que no sucederá. En los primeros momentos, es claro,
extraviados los franceses por los interesados consejós
de esos abortos del infierno que se llaman republica-
nos, intentarán resistir las respetables órdenes de dos
monarcas, el vencedor y el vencido; pero vueltos en sí,
es probable, es seguro que, con mejor acuerdo, se so-
meterán humildemente á cuantas condiciones se les
impongan: y si Vds. me apuran, hasta rectificaré eso
de que se someterán, pues no será someterse para los
que anhelan con impaciencia sin límites el adveni-
miento del magnánimo emperador; ¡figura grande
entre las grandes que admirarán las edades futuras
cuando lean la historia de nuestro siglo! Hombre no-
table y valeroso, más que el mismo Alejandro, y que
en medio de sus tribulaciones horribles encuentra to-
davía en su espíritu la energía suficiente para decla-
rar traidor al Gobierno provisional.

¡Escena dramática más que otra alguna, Napo-
leon III declarando traidor á Jules Favre!

sentido para los hombres prácticos y serios. Eso de
lidiar por ideas abstractas y por utopías irrealizables;
eso de sucumbir con honra antes de aceptar una vida
afrentosa tolerando la humillación de la patria, bue-
no es para las gentes que no discurren y se dejan ar-
rastrar por sentimientos pueriles; pero las personas
sensatas, los hombres positivistas, deben hacer poco
caso de esas niñerías. Quien manda, manda, y para
mandar nacieron los reyes; y no en balde hemos oido
todos decir: «nunca ha de faltarme rey que me man-
de ni Papa que me excomulgue;» sentencia profunda
y de gran exactitud—bien que eso del Papa está aho-
ra algo dudoso—y que nos enseña á no meternos in-
discretamente en asuntos que nada nos importan.

Si, como yo espero, los franceses todos hacen para
sus adentros estas prudentes consideraciones, pronto
caerán en la cuenta de que vale más permanecer
tranquilo en el hogar doméstico, asistir al teatro,
frecuentar los paseos, que andar de acá para allá con
el fusil al hombro, espuesto siempre á recibir desagra-
dables impresiones, producidas por una bala irres-
petuosa ó por un hulano descortés.

Una vez convencidos de esta verdad los franceses,
llegarán á colocar en su trono abandonado á Napo-
leon III, volverá la emperatriz al lado de su esposo
para contemplar de cerca los laureles obtenidos en esta
gloriosa campaña, la corte imperial comenzará nue-
vamente sus brillantes fiestas y sus suntuosas recep-
ciones, recobrarán su vida los teatros y será todo en
Paris jolgorio y regocijo.

Yo, lo digo con franqueza, no puedo pensar en esto
sin sentir cierta comezon, así como de envidia; no, y
bien mirado, esta envidia está muy justificada. ¡Qué
dichosos van á ser los franceses! ¡Qué suerte la suya!
Dos monarcas, dos grandes monarcas piensan ahora
mismo en la felicidad de ese venturoso pueblo: un
emperador de ayer y un emperador de mañana se
dignan—¡oh almas generosas!—consagrar muchas
horas de estudio detenido á investigar el medio de la-
brar la felicidad de Francia, hoy comprometida por
las locuras de los infames republicanos, que allá en
los profundos infiernos purgarán muy pronto sus cri-
minales aficiones.

Si, los franceses tendrán pronto rey; y entre tanto
nosotros los españoles, nada, ni aun remotas esperan-
zas de traer aquí uno, aunque fuese de lance, para co-
ronar el edificio.

Dos años, dos, han trascurrido ya desde que expul-
samos á una buena señora que, bien mirado, no des-
empeñaba del todo mal su papel, no señor: y esta es
la fecha en que ni por asomo vemos señales de que
venga otra persona á llenar ese vacío.

Mañana en Francia—¡dichosa nacion!—lo estoy
viendo, cuando el labrador empobrecido, el industrial
arruinado, el comerciante sin crédito se afanen y suden
y luchen con la miseria para pagar su contribución,
qué inefable placer, qué inexplicable gozo sentirán en
lo más profundo de su ánimo si consideran que con
el producto de su fatigoso trabajo se sostiene el boato
y los trenes y las distracciones de su amado em-
perador: cuánto cariño sentirán hácia él las madres
abandonadas cuando le vean cruzar en elegante car-
ruaje, serena la frente, secos los ojos, sonrientes los

labios, por los concurrecidos paseos de la capital, ame-
nazada hoy de próxima ruina.

Nosotros nada de eso tenemos: ni nos es dado es-
timularnos á nosotros mismos con el grato recuerdo
de que nuestras tareas sirven para pagar unos cuan-
tos millones á un rey. Ni puede hoy ya, como en tiem-
pos más felices solía, colocarse el desocupado á la puer-
ta de palacio para ver montar en la carretela á nues-
tra ama augusta. Ni hay bailes, ni hay procesiones
en la real capilla, ni hay nada: todo lo más alguna
cacería de perdigones á que el regente se muestra
aficionado, alguna comida de tres al cuarto, y de tar-
de en tarde una revista.

Así no podemos continuar.
Ya dicen por ahí que tenemos nuevo candidato;
pero es casi seguro que nos lo dicen por engañarnos.
No; sería esa demasiada felicidad para que sea cierta.
Los mismos unionistas, los más constantes defensores
de una candidatura muy respetable—aunque francesa
y perjudicial, por decirlo así—ya están divididos y no
se entienden. Por ahí anda un manifiesto-circular, ó
circular-manifiesto, que más parece amenaza que pro-
testa, y que está firmado por unos cuantos; lo he leído
de cabo á rabo, y he acabado de convencerme de
que por ahora no hay rey posible.

¡Desdichada nacion la nuestra!
Dos años ya sin rey, y amenazada de continuar
otros dos años del mismo modo.

Comprendo el suicidio.
A. Sanchez Perez.

AL AÑO.

De manera que á los monárquicos, lo mejor que po-
día sucederles era no tener monarca y ¡los muy redo-
mados! en efecto no lo tienen.

Porque supongamos (aunque es mucho suponer), su-
pongamos que hoy lo tuvieran; ¿cómo estarían al año?
¿Cómo estaban mientras lo tuvieron?

Espartero derribaba á Cristina.
Narvaez derribaba á Espartero.
Bravo Murillo enviaba á Narvaez á estudiar á Viena.
San Luis echaba la zancadilla á Narvaez.
O'Donnell derribaba á San Luis.
Y despues á Espartero y á las Cortes.

Entonces, sin la menor intervencion de federalismo,
se deslomaban, se contusionaban gravemente unos á
otros, y á cada triquitraque confesaba cada mitad de
monárquicos que si no fuera por la otra mitad España
sería una balsa de aceite.

Peró vinimos los federales y ¡qué enorme peso les
hemos quitado de encima y de cuán profundos sola-
ces nos son deudores!

¿Se les rie el clero en las barbas? La culpa es de los
federales, que con sus exageraciones han robustecido
las huestes de la Santa Alianza.

¿Da un bajon la Bolsa? La culpa la tienen los fede-
rales, que se sublevaron hace un año.

¿Se gasta Carlos de Borbon unos millones en alga-

radas? Los federales tienen la culpa, porque han dado el mal ejemplo de las sublevaciones.

Si no fuera por nosotros ¡oh desagradecidos monárquicos! no tendríais más remedio que denigraros y descalabraros unos á otros, y todavía no nos lo agradeceréis.

Y digo que si hoy (por uno de aquellos prodigios que, según las leyendas piadosas, ha permitido alguna vez el cielo), si hoy, digo, llegasen los monárquicos á tener rey, ¿cómo estarían dentro de un año?

Porque un rey, por magnánimo que sea, no puede amar á las eminencias monárquicas hasta el punto de dar una cartera á cada partidario simpático.

Las capitanías generales de Ultramar tienen un límite; los gobiernos de provincia están igualmente sujetos á número, y los asientos en el Consejo de Estado ó Real no son infinitos.

Supongamos que mañana hubiese rey y que un general cualquiera no fuese ministro y deseara serlo, y sobre el particular se entendiese con varios coroneles, etc.

¿Sería tan loco, por mucho que lo fuese, para ir á conspirar contra los federales? ¿Fundaría un periódico para destruirnos? De ningún modo: se iría derecho al bulto, y con todo el respeto debido á S. M. recordaría lo que son capaces de hacer los pueblos contra los que aconsejan mal á los reyes y les arrastran á veces en su caída.

No se haría contra los federales ningún 7 de julio, ningún 26 de marzo; se harían los consabidos motines contra los consejeros de S. M., cuya prerrogativa saldría algo quebrantada, pero muy celebrada; podría quedar por los suelos, pero ensalzada... ¡uff!

Ahora, ahora no teniendo monarca, están los monárquicos como no se habían visto nunca.

Todos convienen en la necesidad del monarca; en las excelencias del régimen; en la fecundidad del sistema, y ahí estamos nosotros para cargar con el mochuelo de que si España no es feliz es porque una minoría turbulenta, demagógica é impía perturba y ciega las fuentes de la prosperidad general.

Yo no sé cómo no nos abrazan por las calles; cómo no nos obsequian en secreto; cómo no nos escriben anónimos diciéndonos: «Perseverad en vuestras ideas, ciudadanos, y labraremos la dicha común.»

Están los monárquicos como aquellos célibes camastrones que no dejan nunca la novia ni se casan con ella.

La visitan asiduos, la acompañan, la colman de finezas; pero llegar á casarse... nunca.

Los monárquicos celebran, ponderan en prosa y verso la monarquía; mas echarse rey encima, ¡quién todos temen que el rey sea el amigo de los otros.

Tienen su Constitución; su artículo 33; su mayoría; sus exposiciones urgentes, más ó menos artísticamente elaboradas; pero el rey no lo traen, la monarquía no la hacen y les pasa mucho peor que aquel perro que llevaba fobada la chuleta, pero ignoraba el modo de guisarla.

Sin embargo, en el espacio de dos años han turnado todos los monárquicos en el poder, desde Becerra hasta Ayala, y pueden volver á turnar; casi tienen seguro el turno mientras no haya rey.

Los reyes se apasionan en Alemania por los Bismarck, en Francia por los Guizots, y al cabo de un año de tener monarca, los desventurados que no hubiesen entrado en turno ya no se acordarian de que hubiese federales en el mundo, como no fuera para pedirles que les ayudasen á coger una cartera.

A mí me tiene sin cuidado el asunto, porque no he de ser ministro ni cosa parecida; pero si yo fuese monárquico español y tuviese monarca, ya estaría temblando por lo que no había de suceder dentro de un año.

LA PANACEA.

Ved que el período es muy crítico: entre una y otra influencia, nuestro porvenir político huele á luna de Valencia; y á falta de soluciones, parece que es conveniente el dar las atribuciones al regente.

La monarquía nos gusta; mas nos falta candidato, y la república asusta á todo español sensato. Nada de resoluciones de ir al vado ó á la puente: demos las atribuciones al regente.

Así, monárquicos sanos, conservareis la pitanza; así los republicanos tendrán alguna esperanza, y estas dos solas razones demuestran cuán procedente es dar las atribuciones al regente.

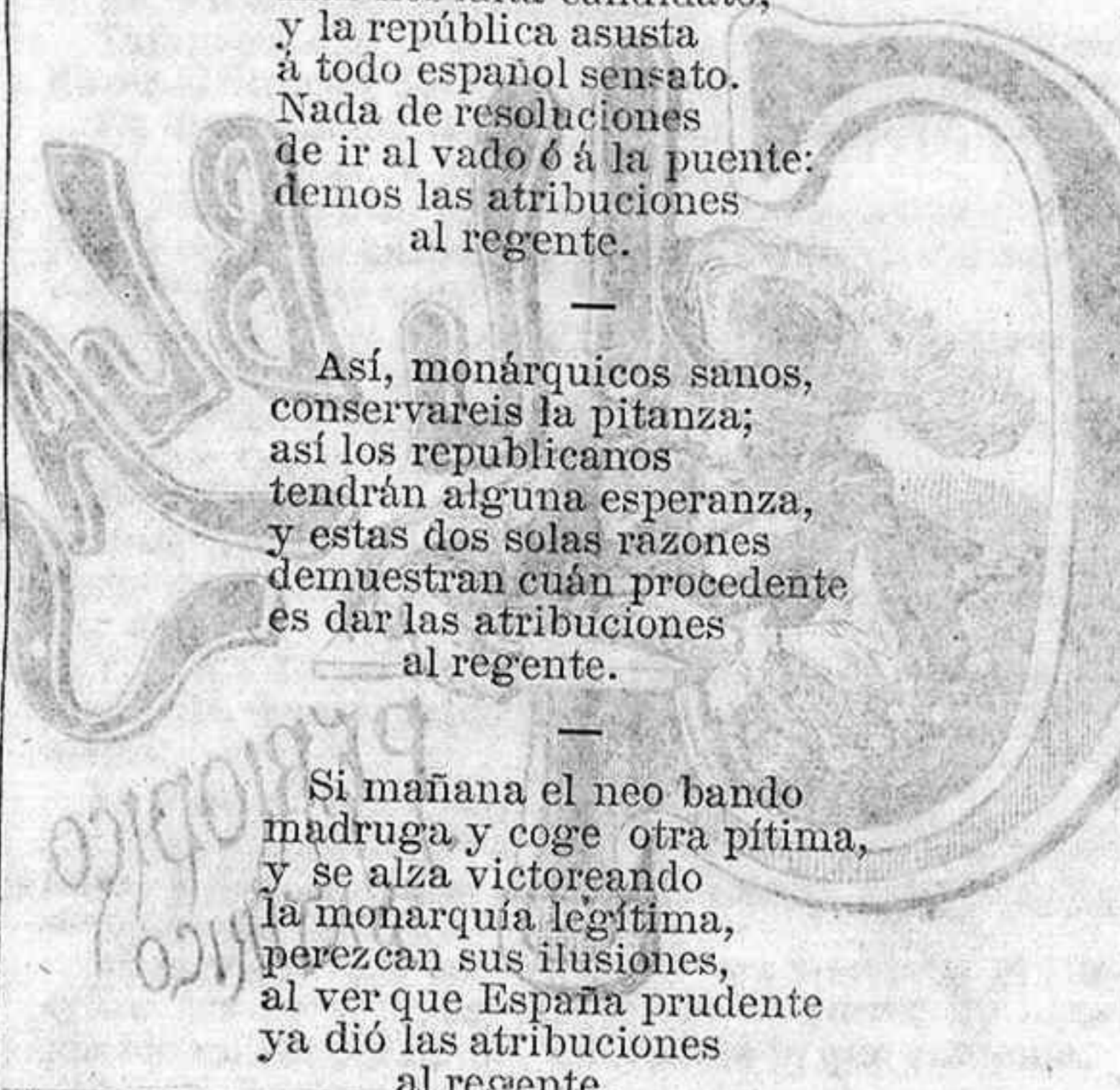
Si mañana el neo bando madruga y coge otra pítima, y se alza victoreando la monarquía legítima, perezcan sus ilusiones, al ver que España prudente ya dió las atribuciones al regente.

Tenemos muchas esponjas que nos chupan el dinero: exclaustrados, curas, monjas, mucho clero, mucho clero; mas nuestras tribulaciones tienen remedio excelente dando las atribuciones al regente.

Tenemos aun otros males: el ocio que da esta tierra y seiscientos generales que cobran en paz y en guerra. Ya que no llueven millones, hay indispensablemente que dar las atribuciones al regente.

El montpensierismo chilla y se va á enojar de veras si no van á cierta silla ciertas regias posaderas. Calmad sus irritaciones con el mejor emoliente, dando las atribuciones al regente.

Realistas y federales gritan con igual encono, porque no hay trono y hay trono; dejémosles, pues, iguales: nada de exageraciones: lo más templado y corriente es dar las atribuciones al regente.



Yo digo... CARTAS SENTIMENTALES. Sr. D. Francisco o Serrano Dominguez. Muy señor mio: El no conocer á Vd., y por lo tanto, el no ser uno de los varios aduladores de oficio que ensalzan sus cualidades, es una de las causas que en mí influyen para dirigirle esta corta epístola, expresión legítima de la ruda franqueza que me caracteriza. Es, pues, el caso que, según dicen por ahí algunos periódicos redactados al parecer por gente aficionada al bureo, y según murmuran algunos políticos de los de media noche en adelante, ha vuelto otra vez á pensarse en Vd. para que se encargue de dar un poco más de movimiento al art. 33 de nuestra apollada Constitución. Yo siempre he creído, Sr. D. Francisco, que los hombres podían ser enemigos en política, sin perjuicio de apreciarse en aquello que el carácter de las personas hace aparecer á estas más ó menos simpáticas; pero hoy, apeado de aquella creencia, me encuentro con el desengaño de que, para un monárquico de pura raza, ni valen prendas personales, ni tradiciones nobles, y que con tal de llegar á conseguir un fin premeditado, no se detienen ante obstáculos de ningún género. Digo esto por la afición que le muestran algunos amigos aparentes de Vd., los cuales pretenden hacerle servir de tapon al frasco constitucional á que no han podido ajustarse los Hohenzollern, ni los Aosta; ni

mucho menos los Montpensier, y creyendo sin duda premiar sus méritos se aprestan á convertirle en actor bufo de la comedia política. Algun rencorello de esos que los políticos menudos ocultan hasta el día de la revancha debe conducirlos sin duda á tan innoble venganza.

Y yo, en esto más franco que ellos, deploraría que le dieran á Vd. aquellas atribuciones, entre otras cosas porque ningún daño me ha hecho, y puedo por lo tanto decir de Vd. lo que decía un portugués del capitán de la lancha titulada *O' terror d'os mares*: «Fué un gran hombre porque pudo haber incendiado el mundo y no lo hizo.»

Yo no dudo que Vd. mismo pensará á veces en la poca trascendencia que en sí tiene esa especie de ascenso en la carrera á que se llama atribuciones.

En primer lugar, se le alcanzará á Vd. desde luego que el oficio se va poniendo mal; hoy quitan á uno, mañana amenazan á otro, y de tal modo está la cosa, que no se halla quizás lejano el día en que un rey, con su *ex por montera*, se meta á memorialista ó cosa parecida; ya le hay que vive dando lecciones de matemáticas; vea Vd. cuán tarde ha emprendido tan difícil y desacreditado oficio.

Por otra parte, los tiempos no están ya para que los tronos sean todo lo esplendorosos que el caso requiere; los bailes y los besamanos escasean; la gente no se quita el sombrero al paso de los monarcas; los aduladores se sublevan, y, en fin, demasiado habrá usted comprendido en el tiempo que lleva de aprendiz, que un rey se hace de cualquier ganapan que quiere serlo, mientras que un buen general no se construye, ni se decreta, sin disponer de un hombre inteligente y valeroso.

Usted comprenderá cuán poco debe á mí interesarme que le engañen esos zamacucos con lo de las atribuciones; pero en mi deseo de reirme de las monarquías, y en mi insaciable afán de burlarme de los monarcas, sentiría tener que enristrar la péñola y arremeter con un buen soldado, á quien respeto.

Porque, no lo dude Vd., D. Francisco, si esa gente que le está á Vd. engañando se empeña y Vd. consiente, de vestirán á Vd. de rey como se viste á un niño de guerrero. Despues caerá el ministerio á consecuencia de un desacuerdo buscado. Despues (no mucho), despues se sublevará un regimiento, gritando: «¡Viva D. Antonio!» Entonces dirá *El Diario Español* que ese grito es la expresión del país, y luego... como no habrá Cortes ó las habrá de otra clase, como la cosa estará preparada ya, se retirará Vd. á la vida privada, y D. Antonio subirá al trono entre las salvas que le hará la nación entera desde las calles, los balcones, los tejados...

Todo esto puede suceder muy bien, según algunos proyectan, y la gloria que en esto quepa á unos y otros ya puede Vd. presumir qué envidiable será.

Però antes de que ocurra lo predicho anteriormente, un aluvion de periódicos satíricos, una nube de escritores y otra de dibujantes convertirán á Vd. en el personaje más burlado de la nación.

Las obras bufas inundarán los teatros, Arderius, Rodriguez, Escriu y demás generales cómicos, nos harán desternillar de risa: la cosa, en fin, se tomará por lo jocoso, y á los pocos días el vencedor de Alcolea, el aplaudido general, vendrá á ser una especie de *Francifredo*, el hazme-reir para los unos y el motivo de compasión para los otros.

Vea Vd., pues, Sr. D. Francisco, si vale la pena que usted sacrifique su reputación por dar gusto á unos cuantos locos de atar que hace dos años andan á caza de un titiritero que les sirva de amo. Vea Vd. si el ascenso que le anuncian es bastante á compensar la pérdida de su legítimo prestigio; y en caso de encontrar aceptables mis observaciones, vea cuán desinteresado es este posadero de Peñafior, que sin conocer á Vd. se interesa por su suerte, y siendo el último en méritos es de los primeros en desear la prosperidad de la patria. Peñafior, etc.

CORZUELO.

¿POR QUÉ REGAÑAN?

Se lo pregunto á los transeuntes, lo inquiero de los amigos, me lo pregunto á mí mismo, y no puedo dar con la causa, el motivo, el pretexto.

La Iberia dijo: «Los unionistas conspiran.»



—Caballeros, aquí quien más mira menos vé; una, dos, tres, ¡pasa!!
—¡Un hulano!!!!.....

Aunque esto se parece á la noticia del otro: ¿Sabe usted quién ha muerto? Fernando VII.

Yo no me quejo por mí de que un diario que se llama progresista saque á cuento noticias demasiado añejas; pero quisiera saber por qué se acuerda *La Iberia*, ahora precisamente, de que los unionistas conspiran.

Que el zapatero hace zapatos, que el sastre cose trajes, es muy cierto; pero tan cierto, que es ya patente, á lo menos fuera del círculo progresista, y nadie lo considera como noticia.

Pero aun admitiendo que pudiese encerrar alguna novedad esta sencilla oracion gramatical «los unionistas conspiran,» vamos á ver, ¿por qué al cabo de sus años no han de poder los unionistas conspirar como Fernando VII contra su padre, como los progresistas contra papá Espartero, como Prim, como Topete, como todo el mundo?

¿El conspirar es acaso motivo para que dos partidos decentes, amamantados á los pechos de la monarquía, vayan á enzarzarse, y olvidando aquellos placeres y afectos de la coalicion se traten de mala manera?

Me gusta más *El Diario Español*. Este colega, sin vanidad, sin alardes, como un mortal desengañado de las pompas mundanas, no anda diciendo por allí: yo conspiro; nada de eso: habla con muy buenos modos de todo lo corriente, no le ladra á nadie, y cuando su hermano en el trono constitucional dice: «los unionistas conspiran,» él responde: «siempre que hemos querido hemos triunfado.»

Y lo peor del caso es que, exceptuadas algunas ocasiones, es la pura verdad lo que *El Diario Español* dice.

Es claro que vencer una rebelion y ser acto conti-

nua reemplazado en el mando por los moderados, como le sucedió á O'Donnell, no es triunfar; es evidente que sublevarse para colocar al duque de Montpensier en el trono y tener que apechugar con derechos individuales y libertad de cultos, no es triunfar; pero, en fin, lo que falta de exactitud á *El Diario* le sobra de garbo, y lo uno hace pasar lo otro.

Pero aun cuando se prescindiera por completo de esas pequeñeces, ¿por qué han de regañar dos periódicos honestos, amadores de la monarquía constitucional, y que si aun no están de acuerdo sobre la persona del monarca es solamente porque ellos mismos, que son la mayoría, no se han determinado aun á optar entre el hijo de Luis Felipe, el duque de Montpensier, el esposo de la ex-infanta, el cuñado de Isabel II y el yerno de Fernando VII, que son al parecer los candidatos que han despertado verdadero entusiasmo?

Si los unionistas conspiran, ellos sabrán por qué, y no puede menos de ser en gran pró de la nacion española, por cuyo motivo no puede uno menos de condolerse al ver que se les censure por seguir una tradicional y gloriosa costumbre de los monárquicos.

¿Cree de buena fé *La Iberia* que los unionistas pueden conspirar para otra cosa que para darnos á todos realizada lo más pronto posible aquella monarquía que tantos atractivos, tan gratas esperanzas y tan bellos recuerdos tiene para los partidos de orden?

Es imposible. Los hombres de *La Iberia* se desviven por tener rey; pero, ciegos, no saben ver que en dejando las manos libres á los unionistas, sin necesidad de prestarles el menor apoyo, en un periquete tendríamos un rey como le pide la gente de arraigo, liberal y sensata: es decir, rey español, de oficio, ca-

tólico, mayor de edad y de estirpe arrojada de todas partes; quiero decir, de estirpe régia.

¡Y qué! ¿No se darán las manos los amigos de la monarquía? ¿No reconocerán que tan feo está en el uno andar con chismes de si Fulano conspira ó no, como en el otro el responder dejando en mal lugar la historia contemporánea, y llamando triunfo á las dimisorias que recibió de Isabel II?

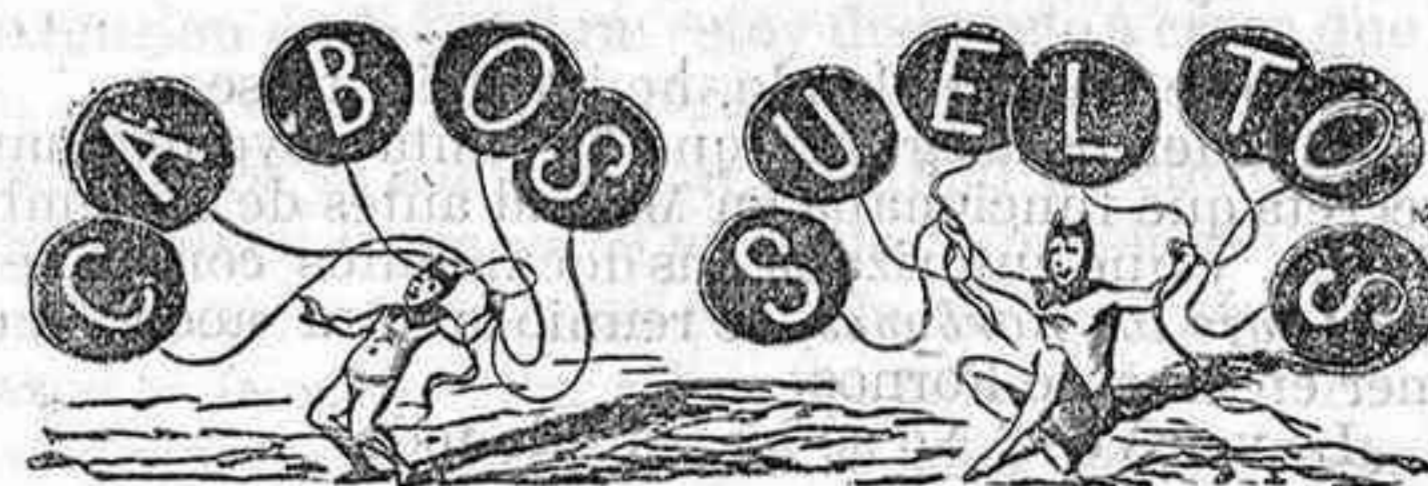
Ea, que si esos dos diarios regañan por eso (que no lo sé de cierto), bien pueden echar pelillos á la mar y tenderse mutuamente los brazos.

Hijos son de un mismo padre doctrinario que ya debe de estar en los cielos, porque en la tierra no dan razon de él; en polvo se han de convertir, como todo lo humano, y quién sabe si harian bien en reconciliarse á más andar, porque la vida es insegura y no hay que pensar en pendencias.

¡Oh, si un amigo mio conspirara con ánimo de triunfar!

¡Qué más quisiera yo!

Roberto Robert.



Segun un diario noticiero, la revista que ha de verificarse el dia 9 se compondrá de 25.000 hombres. Puede estar bien compuesta.



En un escrito del obispo de Orleans se dice que si los protestantes prusianos han vencido á los franceses consiste en que estos no son buenos católicos.

En uno de los días más tristes para los católicos supo una madre que su hijo acababa de perder al juego todo su dinero.

—Es claro, añadió la madre, ¿qué habia de suceder si has jugado en Viérnes Santo?
—Madre mía, contestó el hijo, ¿el que me ha ganado, jugaba en día de Pascua?



Siete embozados de Córdoba han publicado un documento diciendo que es preciso acabar con la interinidad y nombrar rey.

Estos siete embozados no hablan de nombrar rey á Montpensier, pero esta es la madre del cordero.
Y si no, dígales Vd. que voten otro rey, ya se llame Génova, ya *Hole-hole*, y los verá decidiéndose por la interinidad.

¡Ah, cucos!

El Puente de Alcolea sostiene que la circular de los siete embozados de Córdoba no es montpensierista.

Peor para ellos, que con la vergüenza que les causa esta confesion dan á entender el valor de su rey.



Parece que el embajador de Alemania se ha escamado por las voces que han corrido sobre la legion republicana española que ha de ir á Francia.

No se incomode Vd., señor embajador, esas cosas no son más que palabras.
Ni los republicanos hacemos caso de lo que no nos conviene, ni hemos nacido todos para hacer el oso.

Sin ir más lejos, en el mes de mayo se sulfuraron contra la declaración de la prensa, porque se figuraban que ella podría llevarnos á una república algo unitaria, ¿y hoy nos habrán de obligar á combatir en país extranjero por una república unitaria con manchas de socialista? ¡Quíá!

Si hay quien no sabe lo que se dice, nosotros sabemos lo que hacemos.
Descuide, pues, el embajador de Alemania.



Dícese que el coronel Sr. Escoda va á ser promovido á brigadier.
Hombre, me alegro; pero oiga Vd., ¿querria Vd. decirme por qué lo ascienden?



Victor Manuel corré gravísimo riesgo de quedar cesante.
Castigo del cielo.
El Papa lo ha quedado tambien.
¡No lo permita Dios!



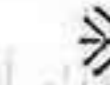
Gran comida ayer.
Gran comida el día 4.
Revista el día 9.
Caza el 5.
Esto no es vivir, señor; ¡cuán terribles son las amarguras del poder!



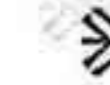
Las últimas noticias de Roma dicen que el Papa goza de perfecta salud.
Ya sabia yo que el Pontífice es mozo de *chapa* y muy *echao pa elante*.
El tomó posesion de la ciudad leonina.
Allí pasó su vida entre saborear nutritivos manjares, paladear buenos vinos y discurrir contundentes excomuniones: y dirá para sus adentros: *Vengan penas*.



Todo se irá arreglando, no impacientarse.
Ya podemos asegurar que la junta revolucionaria secreta que funcionaba en Madrid antes de setiembre del 68, y que autorizaba sus documentos con el sello de *A bajo los Borbones*, se reunió la otra noche á comer en casa de Fornos.
¿Lo ven Vds.? No se ha perdido todo.



Ya sabrán Vds. que lo de Portugal está malo.
¡Cielos! otra corona que vacila.



Todavía se dice que los carlistas preparan otros movimientos.
Ellos no sirven para nada, eso no; pero, vamos, conservan todavía la aficion al jaleo.
Los desdichados son los músicos viejos de la política.

Ha sido nombrado tasador de las salinas del Estado un ingeniero industrial.
¿Y podrá decirme el ministro de Fomento para qué pagamos á los ingenieros de minas?
Lo digo porque ese debe ser un servicio suyo.
Estoy en esa creencia: Vd. dirá.

Cazando está el regente en Rio-Frío: no abusos de la caza, regente mio, que en ocasiones tienen muy malas mañas los perdigones.

¿Es cierto que hay pendiente un lance de indole desagradable entre Figuerola y un señor diputado? Pero D. Laureano, por Dios, tenga Vd. juicio.
Y si Vd. perece, ¿quién diablos querrá encargarse de la Hacienda española?

El regente.—Dicen que esto está malo... ¿Por qué?
¡Hombre, yo cazo todos los días!
Prim.—Yo cazo por temporadas.
Los ministros.—Nosotros estamos dispuestos á cazar.
Montpensier.—¡Es que yo no cazo!
Izquierdo y los otros firmantes.—Tiene razon el hombre. Preparemos una cacería.
El país.—¡Yo soy el conejo!

A la ciudad de Epermay la ha impuesto el ejército aleman una contribucion de 200.000 francos como pena é indemnizacion de haber inutilizado el telégrafo de campaña.
Esto me parece justo: probablemente los que paguen la contribucion no habrán inutilizado el telégrafo.
Por eso deben pagarla.

«La reina Victoria ha enviado un jefe de cocina al emperador Napoleon, cautivo en Wilhemshohe.»
Es un medio elocuente de manifestarle sus simpatias.
¡Si no puede mandar otra cosa!
Siempre es una ayuda.

Un periódico inglés asegura que en el sitio de Paris han perecido ya dos mil prusianos.
Hay el consuelo de que todavía morirán muchos más...
¡Si no fuera por eso!

Su Santidad! sigue probando las amarguras de su posicion.
Ha suplicado, él que puede mandar en nombre del Todopoderoso, al católico gobierno de Austria, que desaprobase la ocupacion de Roma.
En efecto, el católico gobierno austriaco no ha querido desaprobala.

¿Y á que no saben Vds. por qué no la desaprueba? Parece imposible, por temor de que así se alteren las relaciones de Austria é Italia.
Es decir, miren Vds. que es atroz esto, es decir, que para el gobierno de Austria es preferible estar en relaciones con Italia, que estar en relaciones con Dios.
Y este gobierno se llama católico.
Pues me gusta el catolicismo.

Doña Isabel, en compañía de Marfori, ha ido á Suiza.
¡Cómo! ¡Estos reyes cesantes pueden vivir á la sombra de una república!
Es lástima que no los acompañe tambien Napoleon, para que vea cómo pueden vivir los pueblos sin fusilar á nadie.
En cuanto á Marfori, le sentará bien ese país: hay en él alimentos sanos y buena leche.

Nada más fecundo que seguir paso á paso los progresos del hombre estudioso.
Ayer mismo leí cierto documento—que conserva como oro en paño un mi amigo curioso y aficionado á lo bueno;—en él hay rasgos típicos que no reproduzco por discrecion, pero de los cuales me permito entresacar un trozo que empieza de esta manera: «Segun previenen las hordeas, nizas militares, etc.,» y terminaba de esta otra: «En Laca usa quese lea formao.»

Pues bien; el mismo que escribia de ese modo hace pocos años, es hoy el colaborador más infatigable de *El Puente de Alcolea*.
Vea Vd. lo que semos.

Aconsejo á Vds. que vean *Las Quintas*. No es un drama perfecto, pero es una obra buena que tiene caracteres y escenas de buen efecto.

Doy la enhorabuena á su autor, el Sr. Perez Echevarría.

El público se ha entusiasmado con este drama, y no le falta razon.
Al mérito de la obra hay que agregar el talento y las facultades de los actores.

Y si no, dígame Vd. si hay hoy en Madrid un galan que aventaje á Vico, ni un barba que supere á Julio Parreño.

Offembach ha obtenido una ovacion en la Zarzuela y otra ovacion en los Bufos.

Es de suponer que esto haya aliviado el mal humor que ha debido causarle el ver sus obras tan bien ejecutadas.

¿Quieren Vds. enterarse de lo que ocurre en Barcelona?

Señores ministros, la cosa parece que es demasiado grave.

¿No habrá medio de que las autoridades cumplan su deber?

Y en otro caso, ¿no habrá medio de destituir las?

Gritos y desmayos en el Circo de Rivas.
Tiros y palos en los Bufos Arderius.

Siga la danza.

Bueno seria que al fin y al cabo los revisteros de teatros se vieran obligados á escribir, en vez de criticas, unos á modo de partes oficiales, concebidos en estos ó parecidos términos:

«Teatro de El Númen: anoche se estrenó la zarzuela casi-nueva *El brigandaje*.

Los aplausos fueron estrepitosos.
Al terminarse el segundo acto principió la refriega.

Algunos artistas recibieron confusiones de gravedad.
Nosotros, los espectadores, tuvimos pérdidas escasas.

Esta noche se repite la funcion y se continúa la batalla.»

En una sacristía.

—¿Cómo no ha de proteger Dios al rey Guillermo, si en todos sus partes le invoca?

—¿Luego Dios protege á los protestantes?...

—¡Me ha partido Vd.! Sin embargo, tengo mi objecion. Dios ha permitido el triunfo de los protestantes por castigar á los malos católicos.

—En ese caso, al permitir Dios que Victor Manuel (el *Excomulgado*) triunfe de Roma, lo hará con objeto de castigar á los malos católicos como el Papa.

—¡Hombre, ahora sí que me ha partido Vd. por el mismísimo eje!

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA.
Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.
La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.
IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.